

Alberto I. Gache

CORAZONES y CEREBROS



JUAN DE GASSO - EDITOR — Sucesor de GASSÓ HERMANOS
Santa Teresa, 4 y 6 — BARCELONA

Para el siempre recordado
amigo, el ilustre Abogado
D. Manuel González Velaz
con el cordial afecto de
su admirador
M. J. G. J. G.

Barco Puerto 2/25

CORAZONES Y CEREBROS

ALBERTO I. GACHE

Corazones y Cerebros

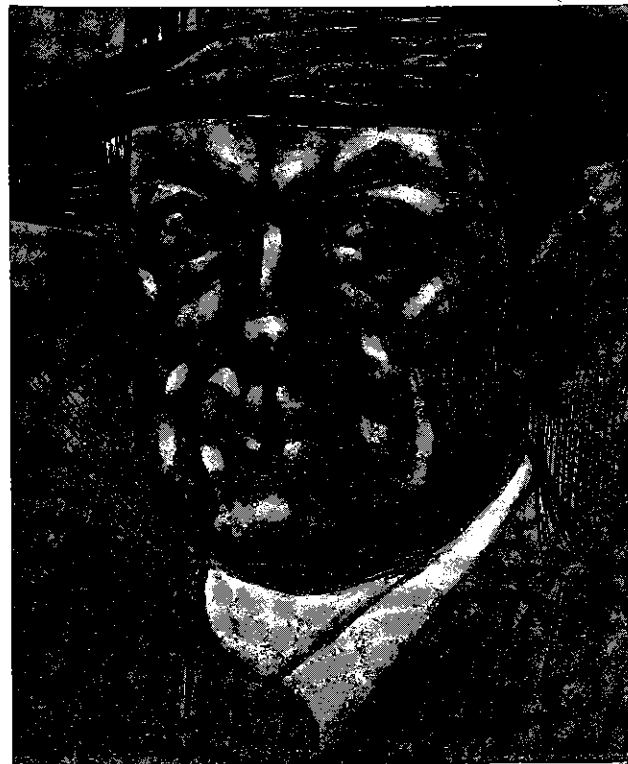
Es propiedad



JUAN DE GASSO - EDITOR — Sucesor de GASSÓ HERMANOS
Santa Teresa, 4 y 6 — BARCELONA

no tener límite, se entregó a una labor que resultó superior a sus fuerzas y cayó vencido, dejando, en su breve paso por la tierra, el rastro brillante de su inteligencia superior.

Barcelona, agosto 15 de 1918.



RUBEN DARIO

RUBEN

I

Una mañana de abril, una de esas mañanas encantadoras de Barcelona, en que la brisa nos acaricia dulcemente y el sol brilla en toda su divina majestad, me hizo saber Rubén, desde el Hotel Colón, que acababa de llegar de Mallorca y deseaba hablarme de un asunto importante, para lo cual me esperaba a las diez.

Fuí puntual a la cita, y llegué al Hotel en el momento que Rubén, dentro de un auto, me esperaba frente a la entrada principal del establecimiento. Al verme descendió rápidamente.

te del carruaje y estrechando mis manos efusivamente, me invitó a subir a su pieza, haciendo igual cosa con nuestro común amigo Osvaldo Bazil, poeta dominicano, residente entonces en Barcelona, que acababa también de llegar al hotel. Era un excelente compañero de Rubén, como que solían correrla juntos en la ruidosa Ciudad condal, que para esto de *juergas* es una especialidad.

Rubén tenía en esos momentos un aire lleno de inquietudes. Parecía preocupado por hondos pesares. Hablaba poco.

Subimos la escalera y llegamos al piso donde se hospedaba. Llamó desde allí a los criados y dirigiéndose a uno de ellos preguntó con voz imperiosa, que no era por cierto común en un hombre de tanta mansedumbre como él:

—¿Dónde han puesto *eso* que encargué para recibir a Gache?

Quedé sorprendido al oír la pregunta.

Moviéronse los criados en diversas direcciones, en busca de "eso" a que se refería el gran amigo, y repitió la pregunta a uno de ellos que había quedado en el vestíbulo.

Bazil musitó no sé qué palabras; yo, a mi vez, hablé a éste de bueyes perdidos, y minutos después entrábamos en el dormitorio del poeta.

Nos sentamos alrededor de una mesa y vimos llegar unas bandejas con copas y jarras

de cristal, éstas últimas llenas de un líquido de color ambarino.

Rubén abandonó su asiento, pronunció breves palabras en tono apenas perceptible, que no alcanzamos a comprender, y ordenó a los mozos que sirvieran en las copas aquella bebida misteriosa. Rubén, puesto en pie, y con una de ellas en la mano derecha, me la ofreció amablemente y luego hizo igual cosa con Bazil, que miraba en silencio a su amigo intrigado tanto como yo de este agasajo extemporáneo, precisamente en el momento menos oportuno para beber licores: 10 de la mañana.

A la verdad que no dejaba de llamarnos la atención el obsequio, y sobre todo el misterio que rodeaba la escena.

Bazil me miraba como interrogándome y saboreándose en seco ante la copa de la bebida que clasificamos de olímpica, por tratarse de un obsequio del "Príncipe de la Poesía moderna"; fijó la mirada en éste, y a pesar de la amistad fraternal que ligaba a ambos, no se atrevió a despegar los labios.

Rubén tomó otra copa, levantóla en alto, y después de algunos rodeos y cierta turbación, nos dijo con voz apagada y llena de emoción, en medio de aquel silencio que no comprendíamos:

—Mis amigos: los he mandado llamar para

confiarles un encargo que espero sabrán ustedes cumplir en el momento oportuno...

Y la copa temblaba en su mano.

Había en la voz de Rubén una gran tristeza, un profundo acento de ternura, propio de un hombre quebrantado por el dolor y en condiciones de adoptar una suprema resolución. Su alma parecía llena de angustia. Nos conmovió, y las miradas de Bazil y las mías se encontraron como interrogándose.

Rubén había puesto sus ojos en el fondo de la copa como recapacitando, y luego levantando la cabeza continuó diciéndonos:

—Deseo vivamente que cuando yo muera...

—¡Hombre! ¡Hombre!—exclamamos a una Bazil y yo.

—Deseo vivamente, mis amigos—prosiguió Rubén,—que cuando yo haya muerto, ya sea en Barcelona, Mallorca, París, Londres, Bruselas, en cualquier parte del mundo, se encarguen ustedes de hacer conducir mis restos a Buenos Aires, la ciudad de mis predilecciones, donde quiero que descansen.

Y llevó la copa a sus labios hasta agotar su contenido:

—¡Hombre! ¡Hombre!—repetí yo.—¿Quién habla de morir, mi querido amigo, y en un día tan divino de primavera como este de hoy?

Y luego agregué en tono cariñoso, pasándole mi mano derecha por la espalda:

—Déjese usted de pensamientos lúgubres y vamos a la calle, que la mañana convida a una recorrida por el Paseo de Gracia.

—Sí, Rubén, al Paseo de Gracia a espantar las malas ideas—agregó Bazil, un tanto sonriente.—Aquello está despampanante, como que es domingo y hay cada hembra que Dios nos libre...!

Y tratamos de convencer a Rubén que debía alejar aquellos pensamientos y salir con nosotros por esa avenida predilecta de los catalanes, y le prometimos cumplir los fúnebres deseos que nos había manifestado.

—¡Sí, sí!—exclamó en un tono no tan tétrico como el que empleó al principio. Y luego tratamos Bazil y yo de levantar el espíritu del poeta empleando en ello todas las más nobles y amistosas frases. Le estrechamos cariñosamente las manos, le palmeamos, le sonreímos, bromeamos, en una palabra, y poco a poco aquella cara, profundamente triste, se fué cambiando. Las grandes claridades de su espíritu renacían.

II

La brisa de la mañana, una brisa fresca que venía del lado del Tibidabo, el sol tibio y amoroso, la amplia avenida llena de una multitud

alegre, en la que dominaban las mujeres, parecían despertar una impresión grata en el alma adolorida del poeta.

En ese momento pasaba junto a nosotros una belleza estupenda, una catalana de una blancura de nieve que caminaba garridamente, de veinte años apenas, facciones delicadas, admirablemente formada, de grandes ojos negros y brillantes, y de una cabellera color de ébano, abundante y un tanto ensortijada, en la que ardía un clavel reventón colocado graciosamente; una mujer seductora a quien los transeuntes contemplaban como si se tratase de una aparición divina entrevista en sueños.

Bazil estuvo a punto de desmayarse, tan sensible era en esa época al esplendor de la belleza, y hasta Rubén intentó detenerse para observarla de cerca, y en ese instante alguien exclamó: "La Princesa está triste". Los tres sonreímos.

Entretanto el Paseo de Gracia se poblaba de hombres, mujeres y niños, que llegaban a la gran arteria de todos los barrios de la ciudad, luciendo sus mejores trajes de los días de fiesta; y los carruajes cruzan por el centro de la hermosa vía en un vaivén continuo, conduciendo a los fieles que salen de las iglesias vecinas, entre los cuales figuran las más lindas muchachas de la Barcelona católica.

Y desfilan por los andenes millares de per-

sonas de toda condición social, familias encumbradas, artistas, ricos burgueses, bolsistas y banqueros, prestamistas, fabricantes, modistas, payeses, costureras, músicos, vendedoras de flores y de baratijas, traviesas damiselas de vistosos trajes y labios de lacre, una multitud, en fin, de paseantes circulando en todas direcciones, sin que la menor nota discordante turbe la armonía y corrección del inmenso desfile matutino. Algunos grupos de músicos ciegos hacen sonar tristemente sus instrumentos.

Y las gentes suben y bajan por los amplios andenes, y unos ocupan los bancos laterales y las sillas que la caridad ofrece a los transeuntes por unos céntimos; y aquí y acullá grupos que cambian ideas sobre los asuntos del día; sobre la marcha precipitada de los ministros a Santander, cuya presencia requiere el Rey en aquella ciudad; sobre la enfermedad que aqueja a Maura, sobre las últimas noticias recibidas de Marruecos, sobre el llamamiento a filas de veinte mil hombres, noticia que coincide con los últimos ataques de las kabilas, a que se refieren los periódicos de la mañana; y en este ir y venir incesante, pintoresco, animado, se pasan gratamente las horas.

Bazil entretanto daba consejos de toda clase a Rubén, como que el divino poeta fué siempre un niño, interrumpiendo a cada paso su conversación por los continuados saludos que

se veía obligado a contestar, pues el joven y gallardo vate dominicano "tan difundido" en la sociedad barcelonesa, que diría un cronista de mi tierra, tenía en todas partes numerosos amigos y especialmente entre la más bella mitad del género humano que frecuentaba los cines, los teatros, los clubs, los cabarets.

Rubén, que conocía las debilidades y predilecciones de su amigo, y que a cada momento veía brillar en los labios de púrpura, húmedos y provocativos, las picarescas sonrisas con que era obsequiado el autor de las estrofas más dulzainas de las Antillas, exclamó, un tanto fatigado, al parecer, de contemplar aquel movimiento incesante de gentes:

—¡Salgamos de aquí, esto me deslumbra, me enferma!...

Y momentos después abandonamos la bulliciosa arteria y cada cual marchó a su casa. Se oyó entonces un "Visca Catalunya!" lanzado por un muchacho travieso.

El cielo estaba límpido y una que otra nubecilla de ópalo y grana cruzaba la inmensidad, y repetí con Rubén: "En tanto que el azul sagrado, inmenso, continúa sereno, y en la altura, el oro del gran sol rueda imponente en radiante apoteosis..."

Por la tarde se sintió nuestro amigo más tranquilo; su nerviosidad de la mañana, que

no sabíamos a qué causas atribuirle, tendía a desaparecer, y su fisonomía iba transformándose. Su alma, llena de cosas muertas, se animaba por momentos.

III

Pocos días después reunía yo en mi casa a un grupo de amigos, artistas en su mayor parte, con el objeto de presentarles a Rubén, que me había ofrecido visita.

Habitaba yo entonces la casa más llamativa y rara de Barcelona, la más fachendosa en concepto de don Miguel de Unamuno, situada en el Paseo de Gracia, esquina a la calle de Provenza, de la cual se contaban cosas estupendas. Hasta hoy se habla de ella y se seguirá hablando, no sólo en la Ciudad condal, sino en todas partes, pues su autor, el genial arquitecto Gaudí, es ventajosamente conocido, mejor dicho, admirado, no sólo en España, sino también en Francia, Alemania y otros países.

Aquel ciclópeo caserón de gran ventanaje, aquellos balcones salientes y desconcertantes y especialmente aquellas columnas gruesas y torcidas que parecen derrumbarse, y en cuya construcción el arquitecto ha realizado cosas sorprendentes, no sólo para los neófitos, sino también para los que son de su misma pro-

fesión—debo declararlo con franqueza—, me seducía, me atraía, como todo aquello que sale de la vulgaridad. Sin embargo, lo llamé un día “herejía arquitectónica”. El señor Gaudí, tan celebrado por sus obras, como he dicho, es también autor de otras construcciones de más importancia que aquella, como ser el grandioso templo de la Sagrada Familia, el magnífico Parque Güell, la casa de Sedó en el Paseo de Gracia y el palacio de la calle Conde del Asalto, tan lleno de cosas atractivas.

El salón de recepciones del piso que habitaba, no obedece a ningún estilo y es simplemente un capricho de Gaudí, lleno de notas interesantes que armonizan, formando un conjunto seductor que agrada más y más al visitante a medida que se va dando cuenta de todos sus detalles.

Entró Rubén en el salón, aquella tarde memorable, acompañado de uno de sus amigos, y en su calidad de poeta incomparable, poseedor de una fantasía tan rica que nadie ha superado hasta hoy entre los sudamericanos, se detuvo a contemplarlo, en ese momento en que aparecía caprichosamente iluminado de tal manera que las telas de tonos variados, los mantones de Manila, así como las pinturas de los muros decorados por Clapé y otros celebrados artistas—reproducciones de cuadros de Rubens en su mayor parte—, se destacaban

brillantemente con todos sus colores, con todos sus detalles. Neptuno surgiendo del seno de las aguas para destruir las naves de Ulises era una de las telas que más conmovió el espíritu del poeta.

La Victoria de Samotracia, tan admirablemente reproducida en mármol de Carrara por mi inolvidable amigo el notable escultor José Cardona, prematuramente arrebatado a la vida y al Arte, erguía en el fondo sobre su plinto, un tanto oculta entre las plantas, las flores de los rododendros y las telas que decoraban aquella parte del salón, creación de los dos hombres geniales, Gaudí y Clapé, a que me he referido antes.

Rubén, visiblemente sorprendido por aquel cuadro que no había imaginado, llevóse las manos a las sienes, exclamando con la más honda fruición:

—Esto es la realidad de un sueño. ¡Esto es la Argentina!

Y me miró hondamente complacido.

Rubén—un enamorado de la Victoria de Samotracia—la contemplaba con vivo interés por todos lados y callaba ante la majestad de esta obra inmortal con que los griegos celebraron el triunfo de su escuadra sobre la de los egipcios hace cerca de dos mil años. Cardona, indudablemente, había reproducido la obra del original sin omitir el más mínimo detalle, co-

mo que había puesto en ella toda la habilidad de su cincel admirable.

Rubén, al despedirse aquella tarde, me prometió escribir otro día unos versos a la famosa Niké, y así lo hizo, lo que me permite complacerme en reproducirlos en estas páginas, pues son estrofas pindáricas, dignas del genio luminoso de América, autor de tantas cosas sublimes, celebradas por todos los amantes de lo bello. Hélas aquí:

LA VICTORIA DE SAMOTRACIA

(A mi viejo amigo Gache)

La cabeza abolida aún dice el día sacro
 en que al viento del triunfo las multitudes ple-
 desfilaron delante el simulacro [nas
 que hizo hervir a los griegos en las calles de
 [Atenas.

Esta egregia figura no tiene ojos y mira,
 no tiene boca y lanza el más supremo grito,
 no tiene brazos y hace vibrar toda la lira,
 y dos alas pentélicas abarcan lo Infinito.

IV

Y ahora un recuerdo de aquellos días, ligado a la Victoria.

Tenía yo por aquel tiempo un criado catalán, entrado en años, acartonado, seco y anguloso, que había cursado estudios en un Seminario conciliar, esperando alcanzar en algunos años más, si no la mitra episcopal, tan codiciada, por lo menos el hábito monacal de la Orden.

El hombre había abandonado sus estudios y despedidose para siempre de la teología y la metafísica, y convencido de que sería más feliz corriendo por el mundo, y que podría, sin estar metido entre las cuatro paredes de un convento, perfeccionar con sus hechos la vida cristiana y servir mejor a Dios, se dijo: "Tempora mutantur et hominis" y trató de olvidar aquella calaverada de sus primeros años a que fué empujado por una pasión amorosa, terriblemente contrariada, y de que se hallaba arrepentido; resolvió entrar como "valet de chambre" en casa de un potentado de la hermosa Ciudad condal. Fuerte en latines y hábil en lo de hacer ramos de flores artificiales y lazos escoceses para los altares y ayudar misas, pensó por un momento que en aquella

casa sería quizá hasta admirado, deslumbrando con sus citas y oraciones aprendidas de memoria en las celdas, a la familia que iba a servir.

Sin duda, los amos, un tanto molestados por los latines con que solía despacharse a cada paso cuando tenía que hablar con ellos o con los demás compañeros de servicio, dispusieron, a los pocos días de entrar, mostrarle el portante. El pobre hombre se marchó un tanto triston porque la casa "era de primera", como él mismo lo reconocía; y deseoso de saludar por última vez a los amos, se le permitió despedirse de ellos, lo que efectuó haciendo en el aire una señal de la cruz y exclamando: "Omnibus fortunæ telis proposita et vita nostra. (1) Dominus vobiscum". Y los señores de la casa huyeron despavoridos, como Trifón de Sisebuta, levantando las manos al cielo, y luego el criado hizo una reverencia y partió acariciándose el pecho con la mano derecha y meneando suavemente la cabeza en señal de pena.

Entrando a mi servicio manifestó el primer día, sin duda para inspirar confianza y al mismo tiempo para darse pisto, que habían sido sus condiscípulos en el colegio el conde de Lavern, don Manuel Arnús, el marqués de la Sota,

(1) Estamos expuestos a todos los golpes de la fortuna, (Cicerón.)

el Marqués del Puerto, don Pepe Ferrer y otras personalidades de Cataluña, que ocupan hoy prominente lugar en la sociedad de Barcelona. Y creyendo, como pensaba, haber deslumbrado con este cuento a sus nuevos amos y a los compañeros de servicio que por vez primera conocía, entró en el ejercicio de sus funciones mucamiles.

El hombre, bondadoso y aparentemente humilde, se expresaba con facilidad de palabra, era respetuoso y se notaba en toda su persona cierta pulcritud que inspiraba consideración. Cuando pasaba junto a las personas de la familia saludaba ceremoniosamente al estilo de los monaguillos que desfilan ante los altares.

Los latines brotaban frecuentemente de sus labios, se veía en su rostro que los saboreaba una vez pronunciados y esperaba el efecto que iban a producir, haciéndose el indiferente. Aquel obispo fracasado y nonnato parecía haberse aprendido de memoria todos los Códices de la Iglesia, las cartas de Cicerón y las odas de Horacio.

La Victoria de Samotracia le había impresionado hondamente, le encantaba, le atraía desde el primer momento que la viera, le seducía de modo irresistible, y a cada paso, con cualquier pretexto, la visitaba en el salón.

Una verdadera pasión se había apoderado

de él, y cuando se encontraba a solas frente a *ella*, la acariciaba, le hablaba en voz baja, en voz melosa, suave, con modulaciones aterciopeladas, como en secreto; la contemplaba por todos lados con ojos llenos de ternura, de amor espiritual, de afecto infantil, diré así, y solía exclamar, levantando los ojos: "Nimio gaudi penè disipio". (Casi estoy loco de placer.)

Una tarde, al oscurecer, abrió sigilosamente una de las puertas del salón, y avanzó serenamente en la penumbra hasta el pie de la Victoria. Un sutil y pálido rayo de luz mortecina entraba por un cristal de la ventana próxima y caía sobre ella medrosa y misteriosamente. Yo, oculto en un rincón desde hacía rato, y dormitando en un diván, me daba cuenta de lo que pasaba y presenciaba en silencio esta escena a favor de aquel rayo de luz, y oí entonces exclamar dulcemente al criado: "Explorato nobis, Victoria est". (Tenemos la victoria en las manos.) (1) Dió una vuelta alrededor de ella, llevóse las manos a la cabeza, murmuró algunas frases apenas perceptibles, y cayó de rodillas frente a su ídolo, así como en un éxtasis místico; extendió luego los brazos, y después de repetir la frase de Cicerón que he recordado, declamó los versos de Ru-

(1) Cartas de Cicerón.

bén a la Victoria, empleando en ello un tono tan sentido como para conmover el mármol...

Y sonrió: cualquiera habría pensado que una llama criminal ardía en él. Volvió a acariciar a la Victoria, levantó la cabeza, lanzó un profundo suspiro, y en momentos que intentaba retirarse, tan silencioso como había entrado, se iluminó repentinamente el salón, se oyó algo como un lamento, mejor dicho, como un grito furioso de pasión desbordada que escapaba de los labios del enamorado de Niké, quien medio tendido en el suelo trataba de ponerse en pie.

Al día siguiente, por la mañana, nuestro fámullo, con un plumero en la mano derecha, hacía la limpieza del salón y era de ver con cuánta delicadeza, con cuánto cariño lo pasaba sobre la Victoria. Hubo un momento en que ya no le fué posible contenerse, y en la puerta del salón y mirando a *ella*, sin preocuparse de las personas que pasaban por la galería junto al salón lleno de la luz de la mañana, recitó nuevamente en voz alta, vibrante y clara, como lo hubiera hecho Borrás, los magníficos versos de Rubén: "La cabeza abolida aún dice..."

La servidumbre palmoteó.

Desde mi dormitorio me vi obligado a moderar con un grito los ímpetus poéticos y declamatorios, de acentos dramáticos del criado

que de tal modo se permitía interrumpir el sueño de los que descansaban.

Y al abandonar el salón exclamó:

—¡La Victoria es impenetrable!

Poco tiempo después cambió de casa. Se colocó de intendente en un palacete de la Bonanova; y al despedirse de sus compañeros de servicio, les saludó afablemente estrechando las manos de todos, y llevando su derecha al pecho, como acariciándose, dijo: "Hoc mihi non sumo, ut te consoler." (No pretendo yo consolarte.) (1)

Y lo perdimos de vista.

V

Tranquilizado un tanto, Rubén se marchó a Mallorca, a su fresca y pintoresca Valldemosa, y allí permaneció largo tiempo al lado de la familia Sureda, de cuyo jefe ha dicho en su libro sobre su vida que "tiene en su corazón un voto constante por su felicidad", y de su esposa que "es mujer suprema y comprensora feliz del Arte que vive trasladando a las telas los secretos de belleza de aquellos parajes".

Le acompañó durante algunos días en la isla Dorada su amigo Bazil, y en aquella estancia plácida, junto a personas tan agra-

(1) Cartas de Cicerón.

dables, tan nobles, tan generosos como los dueños de casa a que me he referido, Rubén sintió mejorar rápidamente su salud quebrantada en Barcelona. Y estando en la Ciudad condal, cuenta que "bajo el ala de la serenidad de la brisa nocturna evoco mis días de Mallorca, sobre todo el de una tarde en que el poeta Osvaldo Bazil se empeñó en vestirme de cartujo".

Efectivamente, el travieso dominicano y los señores de Sureda confeccionaron un hábito de cartujo, lo colocaron en el cuerpo de Rubén y vieron todos, muy complacidos, que ni a San Bruno le caía tan bien. Rubén llegó a pensar "que acaso era lo mejor y en donde hallaría la felicidad", pues se sentía completamente cartujo bajo ese traje tan admirablemente cortado y terminado. Caminaba lentamente de un lado a otro, bajaba los ojos, contemplaba los cielos, se golpeaba el pecho, se acariciaba las manos, se arrodillaba en presencia de sus amigos y parecía, en su seráfica mansedumbre y aparente y serena beatitud, que hubiera llevado ese hábito desde largos años. Y llegó a soñar, a sentir en sí "la mano que consagra y acerca hacia la paz de la vieja Cartuja".

Sugestionado en aquellos días por el hábito, por los sentimientos que con él despertaba, había deseado vivamente ser "lo que quería ser su alma llena de fe, lo que pide el supremo

y oculto éxtasis al buen Dios que le acompaña". Rubén se explaya en tal sentido, y de todo esto habla en su novela "Oro de Mallorca". En sus versos "La Cartuja" empieza diciendo:

Este vetusto monasterio ha visto
secos de orar y pálidos de ayuno,
con el breviario y con el santo Cristo,
a los callados hijos de San Bruno.
A los que en su existencia solitaria,
con la locura de la Cruz y al vuelo
misticamente azul de la plegaria,
fueron a Dios en busca de consuelo.

Y continúa desarrollando en robustos y magníficos endecasílabos su profesión de fe, hace constar su arrepentimiento por no haber sido lo que en realidad es, y por fin dice que desearía

"quedar libre de maldad y engaño
y sentir una mano que me empuja
a la Cueva que acoge al ermitaño
o al silencio y la paz de la Cartuja!"

Rubén se encerró durante algún tiempo en una de las numerosas celdas del convento, y según informes, dormía "come un angelo" en una gran cuna de dos siglos de existencia, de mullidos colchones que gozaba el flamante cartujo. Recibía los alimentos por una venta-

nilla que se abría a cierta altura de la puerta, y pocas veces se le veía fuera.

¿Eran sinceras estas manifestaciones del poeta? ¿Existía realmente en él la vocación de que nos habla?

No debo entrar a juzgar sus intenciones, pero lo que sí puedo afirmar es que el hombre se sintió siempre muy a su gusto *en el lado opuesto*, y que en París y Barcelona, sobre todo en la "Ville Lumière", se encontraba "á son aise", a su entera satisfacción, y cantaba también a la mujer en versos llenos de ternura, de amor y de dicha.

¿Era simplemente una ilusión que se forjaba el poeta? Me inclino a pensar que... era una irreverencia.

VI

El fallecimiento de Rubén, ocurrido en su país natal el 6 de febrero de 1916, conmovió profundamente no sólo a América y España, sino también a todos los intelectuales de las demás naciones civilizadas que le admiraban y seguirán admirándole como un genio que irradiaba torrentes de luz, hoy en viaje por los senderos de la inmortalidad.

León, la lejana ciudad centroamericana que tenía para su hijo predilecto encanto singular, como que en ella vió deslizarse dulcemente los

años de su infancia llena de cosas precoces y de travesuras inocentes; León, que le esperaba con los brazos abiertos después de una larga ausencia y cuyas mujeres orgullosas de poseerle, llenas de emoción, le recibían con las rosas y los lirios de sus jardines, con las rosas blancas que tanto amó, para derramarlas a su paso, fué testigo del postrero gesto frío y definitivo del sublime cantor de las bellas cosas de la vida, de las aspiraciones irrealizables, de los anhelos inextinguibles, de los misterios insondables del corazón, de lo divino, de lo grande, de lo heroico, de todo lo excelso; y el alto poeta que tenía el campo de la fantasía lleno de claridades, abierto al infinito, sin trabas ni horizonte, cayó vencido, hundiéndose su alma luminosa como un astro en la noche eterna, cuyo arcano inaccesible intentaba vanamente sondear su razón ya perdida, en el silencio de su alma insomne en las horas dolorosas de sus últimos días en que le parecía oír voces de otro mundo.

Rubén deseaba, como ya lo he manifestado anteriormente, que sus restos descansasen en Buenos Aires, "la ciudad que más amaba", y fué a poco de recibir la infausta noticia, que me dirigí al doctor José Luis Murature, entonces ministro de Relaciones Exteriores, comunicándole que yo, en unión del poeta dominicano Osvaldo Bazil, nos habíamos puesto de

acuerdo para cumplir el deseo del gran lírico.

Decía en aquella comunicación que consideraba un deber de mi parte llevar a conocimiento de mi Gobierno, que encontrándose el poeta de paso en esta ciudad en el mes de enero de 1914, nos comprometió seriamente, solemnemente, a ambos, en su residencia del hotel Colón, a donde fuimos llamados con urgencia por él, a que en caso de que falleciera en Barcelona, o en cualquier otra parte del mundo, deseaba vivamente y era su voluntad irrevocable que su cuerpo descansase en la ciudad de Buenos Aires que tanto amaba.

Terminaba mi comunicación diciendo al Ministro: "El señor Bazil se halla en estos momentos en Santo Domingo, y es por tal razón que no comunica igualmente a V. E. la solemne declaración del gran Poeta que, "ciego de ensueño y loco de armonía", aportó riqueza, novedad y encanto inefable a la Poesía castellana."

No ha sido posible realizar el deseo de Rubén, pero Buenos Aires, la Buenos Aires que tanto le sedujo, que tanto amó, que vivía constantemente dentro de su alma, erigirá a su memoria esclarecida el monumento a que es acreedor el poeta, el hijo del Genio que, como ningún otro, cantó a la Argentina en versos inmortales, dignos de Píndaro y Corina, en

aquellos días de esplendor inolvidable del Centenario; y confío en que junto a los melancólicos sauces de Palermo que inclinan lánguidos su verde ramaje sobre el tranquilo lago, a cuya fresca y grata sombra pasó horas deleitosas, en uno de esos rincones de encanto y de misterio, oculto entre guirnaldas de rosas perfumadas, que la luna baña con sus fulgores divinos en las noches azules y silentes, donde tantas veces soñó, se levantará ese monumento como veneración de un pueblo a su recuerdo imperecedero.

Y sus admiradores de Nicaragua, de su León tan recordado, deberían grabar en su sepulcro el epitafio que los griegos inscribieron en el mármol del que encierra las cenizas de su más grande poeta y dramaturgo, epitafio que, al decir de uno de los modernos críticos, se asemeja a una lluvia de flores derramada por las manos de un pueblo.

Hélo aquí:

“Trep tranquilamente ¡oh hiedra! sobre este sepulcro de Sófocles; cúbrelo en el silencio con tus frondas verdeantes, que se vea por doquiera entreabrirse la tierna rosa, que la vid cargada de uvas incline sus racimos delicados sobre el mausoleo, para honrar a la ciencia y a la prudencia de este poeta armonioso, amado de las Musas y de las Gracias.”

Barcelona, octubre de 1924.

INDICE

Carlos Guido y Spano	5
Emilio Frers	17
Angel Guimerá	51
Federico Rahola	65
Juan Carlos Gomez	93
Daniel Muñoz	101
Eugenio Garzón	111
Bartolomé Mitre y Vedia	123
Ernesto Tornquist	151
Pedro Luro	179
Eleodoro Lobos	207
Francisco P. Moreno.	219
Carlos Octavio Bunge	229
Rubén Darío	237
